

William Guillén Padilla

haikus de Kokín
mínimos de Kokín

p o e s í a | m i n i f i c c i ó n

LJ
Edición
del Autor

Haiku: sencillamente lo que sucede en un lugar y en un momento dado.

Matsuo Bashō



La minificción es serial, fractal, metaficcional, intertextual, elíptica, paradójica y proteica.

Lauro Zavala

Primera edición, formato digital enviado por el autor a 50 lectores

© **William Guillén Padilla**, 2013
Cajamarca, Perú, 26 de abril de 2013
www.williamguillenpadilla.com

HAIKUS DE KOKIN
(Depósito Legal Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-07652)
MÍNIMOS DE KOKÍN
(Depósito Legal Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-07653)

Partida Registral Indecopi (Instituto Nacional de Defensa de la Competencia y de la Protección de la Propiedad Intelectual) N° 00696-2013

Fotografías interiores © William Guillén Padilla, 2013

Edición preparada por el autor

Ave liberada (i)

La paloma cerró los ojos y voló. Los barrotes de la jaula no se movieron, menos la pequeña puerta de acero.

Al filo de mi guadaña la llevé para siempre.



50

Rosa del cielo:
abierto morral de oro.
¿Un beso espanta?

Terreno (ii)

El caballo Gregarín miró adelante: el campo húmedo no podía ser arado. El dueño insistió y ambos se enfangaron y desaparecieron.

En aquel lugar crecimos luego coloridas flores colas de caballo y altos juncos.



49

Pájaro que fue
un nido en tu plumaje.
¿Renunció a volar?

Negocio redondo (iii)

La guerra empezó con un disparo seco: el pecho abierto de algún soldado.

No termina.

Aún hay pechos y soldados que esperan nuevos impactos .

¿Vender o no vender balas que matan?, ese no es dilema del Yo Fusil .



Nubes que bajan.
Un hombre alza vuelo.
Tu amor ha vuelto.

Lentes (iv)

Me los coloco y el mundo es claro como una mentira. Me los quito y el mundo es oscuro como una verdad.

Decido perderlos: verdad y mentira es el mundo.

Dos ojos no bastan para ver el todo.



Huye la piedra
¿Qué necesita el río?
Mis pies se quedan.

Pócima (v)

Los labios rojos de ella marcan un corazón perfecto en el filo de una taza carmín; aquella marca solo puede verse a la luz de su mirada, tan clara como la espuma del café con veneno que bebe apresurada.

El amante no llega y el marido burlado sonríe escondido en la barra.

La mujer termina el café y se pierde entre la pared hacia una nueva vida entre fantasmas.



El huanchaquito
¿Un niño puede matar?
La huella es muda.

Indiferencia (vi)

Una mujer clama por amor. Pide un beso.
Un abrazo. Un simple cariño.

Él solo la mira. Nada puede decirle, pues
un hombre ya difunto en un fotografía de la
pared, ¿qué más podría decir o hacer? Nada.
Solo mirarla, sereno e inmutable, con ojos
raros de mudo y frágil papel.

Ella –vieja fotografía sepia– lo entiende
perfectamente.



Lágrimas caen.
El corazón un hoyo.
La vana casa.

Calandria (vii)

Amé a la calandria. La adoré y por ella dejé
padre y madre.

Ella, tan ingrata, se marchó al verse libre.
Jamás la perdoné.

El haber quemado todos mis discos donde
se narra aquella historia es prueba irrefutable
de mi despecho pajaril.



Los niños juegan.
La madre se incendia.
El padre escribe.

Reencarnación (viii)

Ya no tengo dudas que alguna vez vivimos juntos en la Edad Media, sino mi cuello no me dolería cuando siento tu presencia.

Ah, verdugo mío, has vuelto en nudo de corbata y en manos de mujer que hoy lo ajusta hasta matarme.



43

Mira tu sombra,
te ha abandonado.
La muerte ríe.

Planificación (ix)

Un ganso azul. Un nevado. El cielo blanco.
Un ganso blanco. Un nevado azul. Un cielo
común...

Duda de anónimo pintor frente a un lienzo
blanco sosteniendo mi cuerpo frágil, y azul, de
nuevo e impaciente pincel.



Bella es la mujer
cuando madre dice ser.
Dios viva en ella.

El tren (x)

Superman miró el tren que venía e intentó detenerlo con una sola mano.

Nada quedó de él. Solo el pedazo de tela estampado con la *S* de Superman hecho trizas en medio de los rieles del incontrolable e indiferente tren.

(“En el cinema los trenes se veían diferentes”, lo entiende tarde entrando por la puerta del Cielo que yo mismo tranco con rieles de tren, y anudo con tiras hechas de cabellos de hombres ingenuos como él).



Contempla el viento;
puedes, mudo fantasma.
Todos te vemos.

Adivinanza (xi)

Siete mil caminos se perdieron en el horizonte. Nadie supo más de ellos.

El horizonte los atrapó y, cosa de no asombrarse, los retuvo largo tiempo.

Luego el horizonte los liberó.

Aquellos siete mil caminos decidieron volar y nunca más dejarse caminar.

¿Qué son ahora?

(Adivina adivinador, ¿algo te dice que somos de agua y vivimos siempre arriba?).



Por un dios muerto
los pájaros lloraban.
Resucitaba.

Mal aguardiente (xii)

La botija mayor decidió no embriagar más; se tapó herméticamente y para siempre. El bebedor consuetudinario lloró ante tan absurda decisión.

Yo lo miré con pena, pues igual murió retorciéndose y, cuando todo hubo de calmarse, a otros –hombres tristes como aquel– empecé a embriagar hasta matarlos.



En la iglesia
rezaban los fantasmas.
¿Alguien ha muerto?

Culpa de otro (xiii)

El revólver no se dejó coger. La mano insistió. Finalmente, atrapado y sin salida, fue obligado a disparar la bala que atravesó un mundo de recuerdos, vivencias y temores.

La cabeza, herida mortalmente, echó la culpa al revolver y no a la mano fría del tembloroso suicida.



Livia Padilla:
florcita de oro puro.
El tiempo vuelve.

Espantajo (xiv)

La Palabra pidió hablar. La Libertad se lo impidió.

Ante tanta incoherencia tomé por asalto el local y a ambas las coloqué en un museo (*Diccionario* lo llaman los entendidos).

Luego me cosí la boca, me embutí de paja, me planté en lo alto de los maizales, y jugué una eternidad con el viento que aún corre libre pero sin hablarme.



Valparaíso.
El Sol es una fiesta
Amor, has vuelto.

Ganancia (xv)

La madeja de hilo se enredó con tan infausta noticia: la aguja había perdido la cabeza por el pajar.

Se fue sin fin, dejando una estela de hilo que luego desapareció.

No más se supo de ella; excepto cuando la vi de chompa, gorro y pantalón en la tienda del dueño del pajar.



En el tatami
los guerreros se enfrentan.
Vence el que muere.

Mal trazo (xvi)

El lápiz labial trazó mal el filo del labio.
Hizo, sin querer, una línea roja sobre la pálida mejilla.

Nadie notó la vergüenza que el pobre lápiz sintió; solo nosotros, los dedos, por el intenso calor que desprendió.



El río suena.
Juegan piedras y peces.
El mundo calla.

Duda (xvii)

La pelota de fútbol tuvo la culpa (siempre hay un culpable) de que el gol entrara o no entrara.

Rebotó de la espalda del arquero al travesaño y de allí a ambos palos del arco y se quedó en la línea misma sin entrar ni salir. El árbitro dijo que no era gol y los jueces de línea que sí. Los jugadores y el público estaban divididos.

Hasta hoy se discute; porque si la pelota no habría sido deforme, acaso ya el problema se habría resuelto.



34

El arte marcial:
una espada a la vista.
Repara en su luz.

Definición (xviii)

Insaciable. Esa es la palabra exacta para definirla.

Salada e insaciable. Acaso eso la define mejor.

Salada, insaciable y de movimientos perfectos. Sí, eso es lo más exacto.

O, simplemente, lo que en verdad es: ola de mar, como todos aún la llaman suspirando.



Dos capulíes
navegan entre ríos.
¿Quieres navegar?

Condena nortea (xix)

En el País del Norte sucedió lo que sucedió.
El juez dijo:

—Se le condena a quinientos años de
prisión.

Ayer se cumplieron quinientos y un días de
aquella condena.

Las almas de mis custodios se encargaron
de que la cumpliera a cabalidad, porque aun
después de muertos —en el País del Norte— la
Ley es la Ley y de eso ya no tengo duda alguna.



Paloma blanca,
la Luna tu sombrero.
Noche asustada.

Cabo de vela (xx)

Una pena inmensa surca mi cuerpo de Este a Oeste. Una pena que no cabe en mí. Quiero llorar y no logro soltar una lágrima. Extraño. Suspiro. Luego me apago.

El soplo que me dio el desalmado hombre que se dispone a dormir, me enfría y me oscurece eternamente.



El amor duda,
el precipicio sueña.
La vida mata.

Auto memorable (xxi)

Después de comprarse un automóvil volador último modelo, Erik IV dejó su viejo automóvil terrestre con las llaves dentro; tenía la esperanza de que alguien se lo robara. No se hizo realidad aquel deseo tantas veces planificado.

Fue entonces que decidió llevarlo a la calle *Humanus brutus*, donde niños robots empobrecidos lo acogieron con entusiasmo.

Hasta hoy juegan, volante en mano, a ser humanos competidores de carreras y triunfos millonarios del cercano siglo XXI como el semihumano Erik IV.



Del Cosmos la flor,
pétalos en Corazón:
elevado amor.

Orden (xxii)

Antes de que el sol frotara la campiña de dorado, el rey ordenó que los más pequeños (tan inútiles) fueran colgados de los pies.

La imagen quedó divina: los tres mil vampiros, un día más, durmieron en perfecta armonía dentro de su cueva tan oscura como sus cuerpos ocultos y felices.



El cielo existe.
Quien no cante es que ha muerto.
Cómplice Luna.

Postizo (xxiii)

Después de escuchar el *Patito Feo* de Hans Christian Andersen, el diente picado dijo ser un diente de oro. Las muelas rieron de buena gana, los caninos durmieron malhumorados y los incisivos nos quedamos pensando.

Con el paso de los días el diente fue extraído y arrojado al basurero. Fue reemplazado por uno de diamante, inmóvil e inmutable, pero lleno de brillo a la hora de la muerte del millonario que por poco tiempo lo mostró orgulloso en el espejo del dentista sicópata y despistado.



Mujer desnuda,
miel de caña en tus manos:
cosecha de amor.

Jack (xxiv)

—Vayamos por partes —dijo Jack el destripador, mientras cortaba a su primera víctima.

—¿Está usted seguro, Jack? —le dije sin la esperanza de que me escuchara; porque para cuando hablé, yo ya era un alma en pena y su primera víctima descuartizada.



El mar ondula.
Un baile te reclama:
fuego con razón.

Furioso afluyente (xxv)

Los mató de dos por tres.
En total fueron seis los cadáveres que llevó a
regalarle al mar.



26

Una mujer ve
lo que no ha muerto ayer.
¿Revivirá hoy?

Cigarrillo electrónico (xxvi)

Para nunca más fumar optó por el cigarrillo electrónico. Dejó de consumir siete cajetillas diarias y solo lo hizo con aquel dispositivos que, a pesar de producir humo de vapor, era la única solución para su adicción.

Pero igual murió Rafotín C-7.

Ser robot de imitación humana de nada le valió.



Secretos tuyos
sepultan mi espíritu.
El viento llora.

Rosito (xxvii)

No concebimos nuestra vida sin Rosito. Cada día nos acompañó firme como un asta de bandera... Extrañamos el cobijo que nos daba, su cuerpo abrigador.

Pero esta medianoche, acompañado de intratables policías, lo arrancaron de nuestro lado. Amarrado y a rastras lo llevaron como a un avezado delincuente.

“Por ser un automóvil destartado que estorba en la calle”, dijeron, sin reparar que nos servía de vivienda a los perros vagabundos que no podremos vivir sin él.



Un hombre muere.
Alguien ríe en el río.
Nacen dos haikus.

Reflexiones *post delitus* (xxviii) *

Después del asalto el hombre llegó muy cansado al lujoso hotel. Prendió la Tv, reposó la ametralladora detrás de la puerta y se dejó caer en la cama de colcha dorada. Cuando trató de ver las noticias algo le llamó poderosamente la atención: no se reflejaba en ninguno de los grandes espejos que cubrían las paredes de la habitación.

Nada entendió hasta que dieron la primicia en el canal internacional: el asalto al Banco de

* Trabajo incluido en “Destellos en el Cristal, *Antología de Microrrelatos de Espejos*”, de Internacional Microcuentista, 2013



La quena intacta.
El labio mal rajado.
Un hoyo en la piel.

Perú tuvo un trágico saldo de siete personas muertas, todas pertenecientes al grupo delictivo que intentó asaltarlo.

El hombre ya no sintió angustia alguna, solo un vacío que lo desvaneció hasta acabar en el Infierno conversando con sus seis hermanos de lo dura e inesperada que fue la vida en la Tierra y de lo mal que en su nueva residencia se lo pasaba, pues el único banco que allí había lo regentaba y cuidaba el mismísimo Satanás.



Pilotos de guerra (xxix)

El aeropuerto de Tamiami, Florida, era un horno; pero teníamos que despegar.

Lo hicimos en alineación perfecta y nos libramos así de las letales baterías antiaéreas que no dejaban de dispararnos.

En el aire, y con la calma en cada rostro, les dimos la razón a nuestros perseguidores: nunca debimos malograr, como lo hicimos, los hermosos campos de cultivos de naranja y otros cítricos de los furiosos y aguerridos agricultores, por más plaga de insectos hambrientos que hubiéramos sido.



Leo el mensaje:
que ancho es el camino,
huellas no caben.

Promesas (xxx)

Mi padre me ordeno quedarme entre las zarzas, dijo que no tardaría. De allí lo vi todo: el patrón llegó con dos hombres más y les ordenó cavar dos hoyos grandes; en uno metieron un gran baúl y luego, sin más ni más, los mató a los tres y enterró sus cuerpos en el otro hoyo.

Siendo ya grande desenterré el baúl, sepulté lo que quedó de mi padre y, con lo que vendí del tesoro, lo repartí entre los hijos del patrón y yo; porque el patrón murió allí nomás, entre las zarzas, de mal del corazón.

Cumplí con lo que le prometí a mi padre: quedarme entre las zarzas, amén de lo que le



Poema muerto:
corazón destrozado.
¿Poeta al agua?

ofrecí al patrón: compartir el tesoro con sus hijos que quedaron huérfanos de padre igual que yo.



Cambalache (xxxix)

El hombre delgado de arrugas pronunciadas, tan blanco como helado de leche, me dice que tiene un ejemplar de su libro, en tapa dura, para mí.

Le agradezco, después de todo yo fui quien lo diseñó, ilustró y corrigió gratuitamente.

—Solo un detalle —me dice—: son cien dólares por el ejemplar.

No le muestro mi desconcierto, le pago con lo poco de ahorros que tengo.

Me da el libro y yo cinco billetes de veinte dólares.



El trigo duerme.
La hoz el horizonte.
¿El gallo mudo?

Cuando se aleja, me pregunto si en verdad será alemán como dice; o acaso un hijo negado de mi terruño, donde todo es falso como los cien dólares que le acabo de dar.



El título (xxxii)

Buscando cosas para mi nueva casa acabé en *La K-China*, una tienda nueva en mi tranquilo barrio.

—Doctor Nedilo, bienvenido —me dijo uno de los vendedores.

—¿Cómo sabe mi nombre? —le pregunté.

—Tengo su título universitario original.

—¿Cómo es que lo tiene?

—Su mujer me lo vendió.

Recordé, con cierto dolor, que cuando me divorcié, hacía tantos años, dejé todo en casa; incluso mi título universitario.



Pisa la yerba.
Un duende se despierta.
¿Molesta el bosque?

—Te lo compro —le dije rápidamente—. Me hace falta.

—De acuerdo —dijo y ordenó traerlo.

Una joven y hermosa mujer apareció con el título en la mano.

—Aquí lo tiene —me dijo.

Me quedé mudo al ver el título original en perfecto estado con el mismo marco que alguna vez colgué emocionado en la sala.

Pagué y salí.

Ya en la calle volteé la mirada y me di cuenta que todo lo que allí había en venta estaba en mi antigua casa, incluida la mujer que era mi ex y que lucía tan jovial y alegre como nunca lo habría imaginado.



Entendimiento (xxxiii)

Mi padre, que todo lo sabía, decía que se llamaba *Av. La Quebrada* porque hubo una paloma gigante —enterrada en el cementerio— que se quebró una pata y murió luego de una forma penosa.

Hubiera tenido razón, pues nuestro poblado, que por nombre tenía *La Paloma*, contaba con una avenida principal: *La Quebrada*. Allí estaban la iglesia, el mercado, el cementerio, y los cientos de casas que conformaban la mayoría del poblado.

Pero no.

Mi padre no tenía la información exacta.



Los años nacen.
Una cuna es la vejez:
espiral sin fin.

Así se llamaba porque cada doscientos años era una quebrada verdadera.

Este año nomás lo llevó todo: la iglesia, el mercado y el cementerio, y todas las casas que conforman la mayoría del poblado.

Muy tarde nos dimos cuenta; porque debajo del barro y las piedras, nuestras palabras eran un silencio eterno.



Inapetencia (xxxiv)

¿Por qué no se amaban con el mismo calor que tenían cuando vivían en África? ¿Por qué sus pieles estaban sin ese fuego que por largo tiempo les hizo tan felices?

Solo cuando lo analizaron con calma lo entendieron: el haber ido del África ardiente al Polo Norte congelador, enfrió para siempre su fogosa relación.



Lo muerto nace.
Canciones son del alma:
dicha que has vuelto.

Último circo (xxxv)

Fuimos por los leones, elefantes y King Kong. La función empezó con un chorro de humo que invadió rápido el ambiente.

—Es Cannabis, viejo —me dijo Luiki, mi hijo de trece años.

No tuve tiempo para refutarle y el espectáculo empezó: qué tigres, qué leones, qué elefantes, qué movimientos de King Kong.

Cuando salíamos al final del magnífico espectáculo, la policía entró a sacar a los gatos, perros, ratones y a un pequeño muñeco de gorila.



La carta viene.
Una letra faltaba.
Amor distante.

—Era Cannabis, viejo. Te lo dije —insistía Luiki—. Por eso vimos lo que vimos.

Regresamos tristes a casa donde teníamos tres perros y dos gatos que, con otro poco de Cannabis, fueron también tigres y leones, pero sin ninguna gracia.



El grillo Martín (xxxvi)

A Martín Rojas Q.

El grillo Martín se enamoró de la grillo Amanda; no era para menos, su belleza era impresionante: los miles de ocelos brillantes de sus ojos, sus patas perfectas, las antenas erguidas y su tórax divinamente delineado. Cuando ella lo dejó por un amor distinto, las gotas que cayeron de los enrojecidos ojos de Martín formaron este puquio cristalino.

Desde entonces aquí vivimos los sapos cantores haciendo odas al amor de Martín y Amanda; y también al de Marco y Amanda,



15

En el bosque Él es:
Un canto que te toca.
Posesión total.

quienes se bañan victoriosos cada mañana,
mientras Martín sigue embriagándose en
memoria y desencanto.



Acupuntura (xxxvii)

Como no podía mover la mano derecha, y ningún médico podía sanarme, acabé yendo al consultorio de Walter Terrong.

Ni miró mi mano. Me hizo mostrarle el pie derecho y en la planta introdujo una enorme aguja.

Luego todo fue felicidad: mi mano quedó perfecta.

Terrong no era acupunturista como podría pensarse, sino mecánico de robots; eso lo corroboró conmigo.

—No fue aguja la que te metí al pie, sino desarmador y soldadura; eso hizo funcionar



Duele lo que no hay:
melón mango plátano.
Lluvia que incendia.

perfectamente los circuitos de tu mano malograda –me dijo, y siguió atendiendo a más, mientras yo me perdía triste en la ciudad de metal donde vivo hace quinientos años añorando mis días de cuidador humano.



Miniaturista (xxxviii)

A la memoria de Hiram Heredia

Una lengua voraz de agua impura atrapó y tragó –amargura para todos– un inocente pájaro.

El río, que todo lo vio, dejó su usual melancolía y cortó con certeza la mala lengua; así nació un camino iluminado –oportuna luz y abrigo constante– donde aquella risueña y noble ave canta desde entonces a los hombres solidarios y a sus flores errantes.



Sofocante Sol.
Un cuerpo hiela pronto.
Toda voz cae.

Cantata (xxxix)

El coro de la catedral entonó un canto tan triste que hicimos algo más que deprimirnos: subimos al campanario y nos arrojamos al vacío.

—Cien metros de caída, eso justifica sus muertes instantáneas —dijo el amable y compadecido cura sin darnos ni una bendición discreta.

Suicidas. Así nos nombraron, pero ¿qué sabe un grupo de palomas recién nacidas de volar en su primer día de nacidas?

Ninguna pregunta en el otro mundo impidió que nos recogieran con escobas y nos



Casas se cierran.
Te declaro la guerra.
No hay blanco en tu paz.

dieran a los perros hambrientos del cura que para nuestro asombro aún se llaman Palomo y Escopeto.



Vecindad (xl)

Mis vecinas todo saben de mí: la hora en que salgo a comprar pan, el momento exacto en que voy al trabajo, y el instante preciso en que retorno.

Murmuran algo distinto cuando las sorprendo en plena esquina haciéndose las que hablan, dizque del costo de vida y no de mí.

Curiosas mis vecinas este lunes de mi cumpleaños, sino fuera por sus lenguas que se alistan a cortarme en mil pedazos en plena esquina al verme pasado de tragos y con tres señoritas semidesnudas que amorosas me abrazan.



Fresa en los labios.
Derretida la Luna:
banquete total.

Como nunca se refieren a mí, mientras el triste afilador de cuchillos les ofrece afilar sus lenguas insanas. Aceptan, porque eso mismo vieron en la telenovela de moda.

La oportuna rueda es de diamante, y sus lenguas son viles cuchillos que desaparecen para suerte de la honorable vecindad que mañana será testigo de mi tranquila resaca.



Cuestionamiento (xli)

—El fantasma eres tú —dijo el arriero.

—¿Yo? —contestó el alacrán.

—Sí, tú —refutó el arriero.

—No, no, el fantasma eres tú —afirmó contundente el blanco arácnido a su resignada víctima, tan transparente ya como el veneno mortal que le inyectó.



Ceniza eterna:
huellas que no pasaron.
Llora la tarde.

Un ser (xlii)

Hay –sé que hay porque yo mismo lo vi– un ser de cuerpo totalmente iluminado. Alas de colores inimaginables y cuerpo robusto, así era y no lo recuerdo vagamente, sino bien.

Lo vi un segundo. Sí. Un segundo. Tiempo suficiente para que de un solo arrebató se llevara a mi novia. Cuando traté de impedirlo ya era tarde: en su nave circular que se posó sobre el río la llevó.

Mi novia, mi pobre novia dónde estará y, lo que más me preocupa: en qué lugar reposará su luminoso y hermoso abdomen.

Sus hermanas luciérnagas miran el cielo



9

Luna lunera.
Poema de infancia:
el queso intacto.

con la esperanza de que el insecto extraterrestre la devuelva sana y salva; y yo, saurio enamorado, también aguardo a mi novia luciérnaga por quien –por una prueba de amor– corté mi lengua insana.



El amor (xliii)

—¿Has hecho el amor con alguien como yo ?

—Nunca... jamás —contesta contundente la inocente muchacha.

—Pero entonces, ¿qué haces aquí?

—Eso es lo que me pregunto.

El hombre se desconcierta y va apresurado donde la dueña del negocio a mostrarle su desconcierto.

—Lo que pasa es que la muchacha está perturbada, señor, por la sotana que usted lleva puesto.

El hombre se ruboriza y regresa donde la muchacha.



8

Un toro muere.
Los toreros festejan.
¿Quién dijo *no fui*?

—¿Has hecho el amor con un sacerdote?

—Jamás, no podría. Sería excomulgada —le dice guiñándole un ojo.

—Ah —dice el hombre, acomodándose la sotana y disponiéndose a ir al baile de carnaval.

La mujer comenta a la muchacha:

—En verdad sí es un verdadero sacerdote, y la sotana no lo deja ni en la cama. Ya lo conocerás. Será mejor que te acostumbres.

—Mmm... bueno —dice la muchacha sin dejar de rogar que retorne el dueño y apuesto sacerdote.



Tizé (xliv)

No solo cariño y buen trago. En el Tizé uno iba a soñar y a veces a cazar ideas tan frecuentes entre cervezas, macerados de aguaymanto o guisos de patitas de cerdo. Y por ser así, y propagandizarlo así, Frígida Leony, mi mujer, exigió que la llevara al famoso Tizé. Y, como buen marido, la llevé pues.

Tito, el dueño, la invitó a pasar y, ciego y sordo como era, nos invitó a ir “al cuartito de la señorita Ramy Sexy, donde usted siempre llega como en su casa, ingeniero”.

—Pasen, pasen... la camita recién la he tendido. Está suave como ala de paloma recién



Vuelo moscardón.
Peces sobre las olas.
Fina libertad.

nacida...—nos dijo con esa amabilidad que sabía a miel.

Ni bien entramos mi mujer cerró la puerta y la trancó con lo que pudo. Sus uñas afiladas hicieron el resto: acabé entre las carnes de las fuentes de guiso de patitas de cerdo que es la especialidad de la casa y que tanto en vida me gustaron.



Formas (xlv)

Para mostrar la forma exacta del corazón, mi abuelo compró un cerdo porque, como médico, decía que lo que más parecido al cuerpo humano era el del cerdo.

Lo mató de un certero tiro en la cabeza y luego, sobre la mesa del comedor, lo abrió con gran cuidado.

En el pecho del porcino buscó en vano el corazón. Aquel cerdo no lo tenía. Mi abuelo no se asombró, lo cerró y de otro tiro en la cabeza lo resucitó y dejó ir.

—Muchos hombre y muchos cerdo son iguales —dijo al despedir a los curiosos y



6

Loca flor de Sol.
Noche que poco sueñas.
¿Luciérnaga soy?

testigos. Luego, ya solos, de uno de los bolsillos de su mandil sacó un corazón y me lo regaló.

—Sí tenía, hijo, pero con corazón sufría; era bueno. Ya puede ser todo un señor político, parlamentario y, si se lo propone, presidente del país. Ya lo verás.

Aquel mismo día, mirando los noticieros, le di la razón a mi visionario abuelo, quien ya es —como la canción de *Kansas* que escucho en su avejentada victrola—, polvo en el viento.



Pájaros (xlvi)

Cantan puntualmente y sus cantos me desesperan. ¿Será la edad? Entonan melodías odiosas. ¿Será que no oigo bien?

No. Nada de eso.

La maestra del kínder es muy desentona-
nada y sus alumnos más. Soportarlos implica
taparme los oídos y tratar de meterme bajo
tierra, aún a riesgo de lo que pueda pasarme.

(“Oruga caída en el patio escolar por culpa
del viento que sopla como loco y pésimo músico
que es”, murmura bajito el primer pájaro que
devora mi frágil desnudez).



5

Los hombres miran,
las mujeres observan
¿Sueñan los niños?

Augurtus (xlvi)

El pequeño robot Augurtus 16A00 tenía una falla de origen: el chip de memoria corporal no le fue instalado quién sabe por qué razón. Este caso fue uno en un millario.

Olvidaba cada parte de su cuerpo en cualquier lugar. No era raro saber que sus extremidades las dejaba en la pista de aterrizaje de los Oreos 37, nuevas naves de reconocimiento; o que su cabeza la extraviaba en alguna estación del tren virtual de doble llegada visual.

El caso era bastante serio, pues el modelo de Augurtus ya no existía. La posibilidad real era desarmarlo y reciclarlo; pero siendo el



4

De lo que dicen
palabras son cuchillos.
Mantequilla o voz.

engreído del hijo menor del Gran Emperador, eso no era posible.

La solución, para tan inusual problema, se dio en la vigésima primera Asamblea de Inventores de las Siete Galaxias Ovoides (AISGO): imantar con imanes especiales y personalizados cada parte de Augurtus.

Solo así pudimos superar aquel problema.

Hoy, el consentido robot, se arma solo en cualquier lugar donde por distraído se extravíe.



Gaudencia (xlviiii)

Sus labios saben a piel humana. Insípida.
Sin mayor sabor que recordar.

Nada como el sabor a metal. Su fascinante
textura...

En esta celda lo entiendo bien: enamorar
de una humana no estuvo bien. Pero ya
es tarde para arrepentirme: Gaudencia murió
de un solo abrazo que le di.

Débil humana, nunca sabrá que al
momento de abrazarla estuve pensando en
Gamelia 67Z (tal similar a Gaudencia), mi amor
robótica tan acostumbrada a mis crujientes
abrazos y fríos besos.



3

Un pájaro ora.
Dios bendice el canto:
silbido de alma.

Kokín (xlix)

De todos los hijos de Eva, Kokín fue elegido para portar un paraíso en su lenguaje.

Se le otorgó el don de crear (oficio de dioses) y fue dado al mundo en ofrenda por lo amado. Vivió tantos años que no fueron nada. Como los días. Y, finalmente, quedaron sus páginas escritas atrayendo setecientos setenta y siete millones de miradas.

Bien pudo ser una hoja o un dromedario, pero devino en aliento y verbo prolongado.

Yo lo celebro y venero, porque atrajo tu corazón a su palabra; y ahora es un solo brillo en la bendición de tu auténtica mirada.



2

El niño corre.
La calle lento duende.
Viva infancia.

Ciclo vital (I)

Todo lo que empieza termina: Fin.



1

Luces que vienen.
Partera di que nace
cinco veces hoy.

Contenido y continentes

Ave liberada (i)	50
Terreno (ii)	49
Negocio redondo (iii)	48
Lentes (iv)	47
Pócima (v)	46
Indiferencia (vi)	45
Calandria (vii)	44
Reencarnación (viii)	43
Planificación (ix)	42
El tren (x)	41
Adivinanza (xi)	40
Mal aguardiente (xii)	39
Culpa de otro (xiii)	38
Espantajo (xiv)	37
Ganancia (xv)	36
Mal trazo (xvi)	35
Duda (xvii)	34
Definición (xviii)	33
Condena norteña (xix)	32
Cabo de vela (xx)	31
Auto memorable (xxi)	30
Orden (xxii)	29
Postizo (xxiii)	28
Jack (xxiv)	27
Furioso afluyente (xxv)	26

Cigarrillo electrónico (xxvi) 25
Rosito (xxvii) 24
Reflexiones <i>post delictus</i> (xxviii) 23
Pilotos de guerra (xxix) 22
Promesas (xxx) 21
Cambalache (xxxi) 20
El título (xxxii) 19
Entendimiento (xxxiii) 18
Inapetencia (xxxiv) 17
Último circo (xxxv) 16
El grillo Martín (xxxvi) 15
Acupuntura (xxxvii) 14
Miniaturista (xxxviii) 13
Cantata (xxxix) 12
Vecindad (xl) 11
Cuestionamiento (xli) 10
Un ser (xlii) 9
El amor (xliii) 8
Tizé (xliv) 7
Formas (xlv) 6
Pájaros (xlvi) 5
Augurtus (xlvii) 4
Gaudencia (xlviii) 3
Kokín (xlix) 2
Ciclo vital (l) 1

William Guillén Padilla

ha publicado libros de poesía (*Soliloquios de Homo sapiens*, 2004; *Planetario Astral*, 2009; *Memoria del Yo Habitante*, 2010), minificción (*Los Escritos del Oidor*, 2006; *Lo que Yo Barman oí*, 2009; *Cuaderno de Almanaquero*, 2011; *77+7 nanocuentos*, 2012; *Historias heredadas*, 2013), cuento (*Actos & Relatos*, 2009; *Retorno en tiempo real y siete cuentos más*, 2013) y una antología personal (*Microcuentos*, 2011).

